vinetur

Un estudio cuestiona que la variedad de vid determine la respuesta a la sequía

Propone programar el riego por superficie foliar, suelo y tipo de vino

miércoles 11 de noviembre de 2026



Una investigación de la Universidad Estatal de Washington plantea un cambio de enfoque en el riego del viñedo. El trabajo, publicado este martes, 10 de noviembre, en BMC Plant Biology, concluye que las variedades de vid no tienen por qué responder de forma distinta a la sequía, una idea que choca con una parte de la literatura científica usada hasta ahora para orientar decisiones en campo.

El estudio, realizado durante dos años con 30 variedades, observó respuestas estomáticas similares ante la falta de agua. Los estomas son los poros de la hoja que regulan el intercambio de agua y gases, de modo que su comportamiento sirve para medir cómo reacciona la planta al estrés hídrico.

A partir de esos resultados, los investigadores proponen que los viticultores den más peso a otros factores cuando programan el riego. Entre ellos citan el tamaño de la superficie foliar, el tipo de suelo y el estilo de vino que se busca elaborar, por delante de la supuesta tolerancia propia de cada variedad.

Markus Keller, autor de referencia del estudio y profesor distinguido Château Ste. Michelle en el Departamento de Viticultura y Enología de la universidad, afirma que la principal conclusión va en contra de una idea asentada en parte de la ciencia del viñedo. En su opinión, el productor debería mirar antes la masa vegetal, el suelo y el objetivo enológico que las diferencias fisiológicas atribuidas de forma general a cada variedad.

El trabajo también observa una relación directa entre el tamaño de la cubierta vegetal y el consumo de agua. Las cepas con canopias más grandes usan más agua y alcanzan antes los umbrales de estrés por sequía que aquellas con menor desarrollo foliar. Esa diferencia tiene una consecuencia práctica: dos parcelas con variedades distintas pueden necesitar decisiones de riego parecidas si comparten suelo y volumen de vegetación, mientras que dos viñedos de la misma variedad pueden requerir manejos distintos si cambia esa estructura vegetal.

Keller añade que existe una gran cantidad de trabajos publicados sobre la necesidad de obtener variedades mejor adaptadas a condiciones secas, pero recuerda que muchos de esos estudios ofrecen resultados contradictorios. Esa falta de coincidencia, apunta, aparece incluso dentro de una misma variedad y puede depender del grado de estrés hídrico aplicado, del momento de la campaña, del portainjerto sobre el que se injertó la vid y del propio diseño de la investigación.

Para el viticultor, la utilidad inmediata de estos datos pasa por ajustar mejor el uso del agua. La universidad sostiene que estas conclusiones pueden ayudar a afinar el riego, evitar aportes innecesarios, reducir el coste de la explotación y conservar la calidad de

la uva. En zonas donde el agua condiciona cada vez más la planificación agrícola, una recomendación de este tipo puede alterar tanto el calendario de riegos como la forma de priorizar parcelas dentro de una misma bodega o cooperativa.

La repercusión potencial va más allá del manejo agronómico. En el sector de las bebidas, y en especial en el vino, una estrategia de riego más precisa puede influir en la disponibilidad de uva, en los gastos de producción y en la regularidad de la materia prima que llega a bodega. Si el peso real de la variedad en la respuesta a la sequía es menor de lo que se suponía, las decisiones técnicas podrían apoyarse más en las condiciones del viñedo que en clasificaciones generales sobre tolerancia varietal.

La Universidad Estatal de Washington enmarca además estos resultados en el futuro de la viticultura del estado. La institución considera que una gestión más afinada del agua puede reforzar la viabilidad a largo plazo del viñedo destinado a vinificación, en un momento en que este recurso ocupa un lugar central en la planificación del campo del noroeste de Estados Unidos.